

CONSIDERACIONES DEL MINISTRO DE OBRAS PUBLICAS,
SR. RICARDO LAGOS, ACERCA DE LA REALIDAD
ECONOMICA Y POLITICA DE CHILE.

El acuerdo político de largo plazo -un supuesto en los países industrializados- es cada vez más una condición estratégica de la viabilidad y estabilidad en las reformas de los países en desarrollo. Esta concertación estratégica ha sido una condición presente en los países asiáticos de desarrollo dinámico, no siempre lograda de manera democrática. De hecho hoy existe una polémica sobre la existencia de un "Asian way", en la que este tema es significativo. Este tema es también de particular relevancia para América Latina.

Los programas de estabilización y reforma y los consiguientes cambios institucionales, requieren de un apoyo sostenido en sus diversas fases; también las propuestas para anticipar o superar situaciones críticas.

Chile es un país de tamaño mediano, con una población de 14.2 millones de habitantes (proyección a junio de 1995, en base al último censo) y cuyo Producto Interno Bruto alcanzó a US\$ 51.8 billones de dólares durante 1994. La economía ha mantenido 10 años de crecimiento continuo, con una tasa promedio de crecimiento entre 1987 y 1994 del 6,9%, logro notable si comparamos esta tasa con el promedio alcanzado por la economía mundial que para el mismo período registró un crecimiento del 2,7%.

Hemos continuado avanzando decididamente hacia una economía abierta, desrregulada y dinámica, incorporándonos plenamente a las economías emergentes del mundo.

La reinstalación del régimen democrático en Chile, durante el año 1990, permitió fortalecer y diversificar notoriamente las relaciones políticas y económicas internacionales, acrecentando la presencia del país en el comercio mundial de bienes y servicios, y en los flujos de inversión.

Los profundos cambios producidos en el orden político y económico se han consolidado. Tenemos un sistema democrático y una economía abierta, elevando así, los flujos de comercio y de capitales en forma sostenida.

La estabilidad que ofrece Chile entonces, no sólo se limita al plano económico, sino también a lo político y social. Hoy existe un gran consenso nacional acerca de que, sin estabilidad política y social, no es posible sostener, en el largo plazo, el desarrollo que el país requiere y desea.

En el ámbito económico, la estabilidad se basa en normas claras y permanentes, donde no existen políticas discrecionales, lo que nos ha permitido avanzar, sin grandes tropiezos, en el perfeccionamiento de nuestra economía social de mercado, la que queremos que sea cada vez más eficiente y más equitativa.

La concertación entre los actores favorece la estabilidad política y la cohesión social; la gobernabilidad se ve reforzada por la participación y la solución negociada de conflictos, a través de mecanismos que expliciten compromisos verosímiles.

En América Latina la Concertación es precaria y ello representa una debilidad grande de nuestro sistema económico. Esa es la razón detrás de muchas de nuestras oportunidades perdidas, de ayer y de hoy.

Un modo frecuente de superar esta debilidad de nuestro desarrollo en el pasado fue el recurso a la violencia; de allí el imperio de la fuerza en la política de la región por tantos años, e incluso hoy. Otra modalidad inadecuada de superación de la falta de concertación ha sido la inflación, el permanente "juego de sillas musicales" en el que solamente ganaban los menos: los más fuertes y los más organizados.

En el caso de Chile hemos tenido un doble disciplinamiento sobre este tema. Por una parte, al igual que el resto de la región, los procesos de apertura y liberalización nos han sincronizado con la dinámica de la economía internacional más que nunca antes. En el actual mundo sin fronteras son los países los que compiten, además de las empresas: no hay exportadores competitivos sin infraestructura adecuada, o con tipos de cambio con alta inestabilidad. Así, tenemos la necesidad de concertarnos para poder ser competitivos.

La apertura de la economía al exterior representa un pilar fundamental en el éxito económico de Chile. En los últimos veinte años, los aranceles aduaneros se redujeron de un promedio del 90% del valor FOB al 11% parejo (con muy pocas excepciones), eliminándose todas las barreras no arancelarias. El efecto de esta fuerte apertura unilateral ha sido muy significativo; de 200 empresas exportadoras en el año 1975, se ha pasado a 5.800 exportadores en 1994 y, de 500 items exportados, se ha llegado a 3.621 en el año 1994. Así también, es interesante destacar que la composición de los mercados de nuestro comercio exterior, un total de 151, se divide equilibradamente en cuatro grandes zonas geográficas: Europa, EE.UU. y Canadá, Latino América y Asia.

Un destacado lugar ocupa nuestra preocupación por tener una real integración latinoamericana, por ello, hemos firmado acuerdos de Libre Comercio con, México, Venezuela, Ecuador y Colombia y se han suscrito acuerdos de complementación económica con Argentina y Bolivia.

Por otra parte, durante 1994 Chile intensificó sus conversaciones con los miembros del MERCOSUR (Argentina, Brasil, Paraguay y Uruguay) con la finalidad de adherir a este acuerdo a través de una fórmula de asociación global que contemple aspectos comerciales, de integración física, inversiones y otros .

Esperamos contar, en un muy corto plazo, con una amplia red comercial que nos integre estrecha y definitivamente con nuestros países hermanos de América Latina.

Notorio es el crecimiento de nuestras exportaciones hacia la región latinoamericana; entre 1990 y 1994 ellas crecieron un 44%.

Nuestro Gobierno ha mostrado su interés por el proceso de negociaciones orientado hacia la adhesión de Chile al NAFTA, el cual se estima contribuirá a profundizar de manera significativa la internacionalización de la economía chilena en el mediano plazo. Se espera, entre otros efectos, un importante aumento en los flujos de inversión y transferencia tecnológica.

Pero no nos quedaremos tranquilos; la nueva realidad nos enseña que la política de los acuerdos comerciales bilaterales, no es opuesta, sino que un complemento necesario para reforzar la apertura global.

Este es el camino de la política económica de Chile, por lo que, en nuestra agenda económica, también se considerará buscar acuerdos específicos con nuevos países, como son los de Europa.

Así también, la Región de Asia Pacífico, constituye otro de los ejes centrales de esta política y con la reciente incorporación de Chile a APEC culmina un proceso de acercamiento que se busca fortalecer. Esta Región se ha caracterizado por ser el polo de mayor crecimiento y dinamismo para los flujos de comercio e inversiones a nivel mundial, representando para Chile un macromercado de grandes proyecciones.

Esta alianza permitirá desarrollar vínculos de carácter permanente y transformará a Chile en un puente entre los mercados asiáticos y los mercados latinoamericanos.

En el contexto social, la lucha contra la pobreza constituye una de las orientaciones fundamentales de la gestión gubernamental. En este plano, creemos que es posible lograr un desarrollo económico con equidad. En 1994, el país destinó a gastos de previsión, educación, salud y otros programas sociales, un 63,3% del gasto total del gobierno, uno de los más altos de América Latina.

Es importante destacar que Chile, durante los últimos ocho años, ha exhibido un presupuesto fiscal con superávit, por lo que su política de desarrollo social no debe ser confundida con una política populista.

La fuerte expansión de la economía ha generado un sostenido incremento en el nivel del empleo, con una expansión media anual cercana al 5.0% en los últimos tres años. En 1994, el desempleo global de la economía fue, en promedio, un 5,9%, reflejando un mercado laboral sólido y de gran dinamismo.

Otro de los factores claves del crecimiento reciente han sido las altas tasas de ahorro y de inversión alcanzadas. Durante 1993 y 1994 la inversión productiva muestra un crecimiento sostenido sobre el 26% del PIB, en ambos años y el ahorro se ubico sobre el 25 % durante 1994. Ambos indicadores representan cifras récord en la historia del país.

Este indicador se compara positivamente con las economías más dinámicas del mundo, y su nivel es cercano al que registran las del sudeste asiático.

También podemos observar la solidez de la economía chilena al revisar el nivel de la deuda externa y su servicio. En este sentido, la relación Deuda Externa - Producto ha registrado una tendencia decreciente alcanzando, hoy en día, un 41.6%, magnitud que es financierable y sostenible en el tiempo. La deuda en 1994, alcanzo los US\$ 21,1 millones.

A lo anterior, se agrega una positiva situación en reservas internacionales que ya superan los US\$ 13.400 millones de dólares, lo que, en términos per cápita, constituye una de las más altas del mundo. Y en relación con el nivel de importaciones alcanza los 15 meses.

A partir de 1990, el flujo de inversiones extranjeras, frente a la estabilidad que aseguraba el nuevo orden político, económico e institucional, se ha incrementado notoriamente.

En Chile, la inversión extranjera total represento para 1994, en términos nominales, un porcentaje cercano al 9 % del PIB, contribuyendo a dinamizar el proceso de crecimiento a través del incremento en la capacidad productiva, el aumento en la demanda por trabajo, la transferencia de tecnología y el aumento, en muchos casos, de la capacidad exportadora.

El nivel de inversiones materializadas, al amparo del Estatuto de la Inversión Extranjera, a marzo de 1995 es de US\$ 13,322 millones, correspondiendo más del 63% de este valor al período democrático. Ella proviene de 60 países.

Para sostener y acrecentar la actual solidez económica, con verdadera equidad, el Gobierno ha priorizado dos áreas de desarrollo en donde concentrará sus esfuerzos durante el próximo sexenio.

Ellas son, por una parte, dotar al país de un recurso humano calificado y adaptable, capaz de enfrentar las exigencias que el rápido desarrollo tecnológico impone, y por la otra, desarrollar la infraestructura pública que cubra los déficits que en esta materia aún tenemos.

En el plano económico, para fines del milenio, se espera alcanzar las siguientes metas:

Un Producto anual por habitante, proyectado al año 2000, de US\$4.700. Esta meta representa un incremento de casi 50% del Producto por habitante en un período de tan sólo 6 años.

El empleo seguirá aumentando. Nos hemos propuesto que hacia el año 2.000 existan más de cinco y medio millones de empleos, es decir, 500 mil nuevos puestos de trabajo.

Esta expansión será liderada por las exportaciones. A esa fecha, ellas superarán los US\$ 20.000 millones al año, llegando a constituir más del 40% del Producto. Esta cifra es comparable a la observada en los países escandinavos y en los del Asia Pacífico.

La tasa de Inversión en Capital Fijo deberá superar el 28% del Producto, con lo que se asegura la posibilidad de mantener un crecimiento sostenido por encima del 5,5% anual.

En materia de gasto en educación, la meta concreta del gobierno es llegar, en menos de 8 años, a un gasto total nacional en educación que represente 7 puntos porcentuales del Producto, lo que constituye acercarse al estándar actual de algunos países europeos.

Una consecuente trayectoria económica, metas definidas y consensuales, una creciente valorización a la inversión en las personas, estabilidad política, unidas a sus condiciones geográficas, han hecho de Chile la puerta de entrada a los mercados latinoamericanos. El robusto comercio con América Latina y las crecientes inversiones chilenas en la Región son elementos importantes para afianzar a Chile en esta posición.

Como ya indiqué, Chile ha decidido concentrar sus esfuerzos en las áreas de Educación e Infraestructura.

En esta última, tres son los desafíos que nos hemos propuesto:

Primero, lograr un nivel de infraestructura que integre a nuestro país con la región latinoamericana, permitiendo con ello consolidar a Chile como la puerta para el intercambio con los mercados de la Cuenca del Pacífico;

Segundo, incrementar el desarrollo de la infraestructura necesaria que potencie el dinámico crecimiento de nuestra economía, asegurando así, que la oferta sea acorde con los actuales y futuros

requerimientos del país; y

Tercero, crear las condiciones de infraestructura de carácter social que nuestro país requiere para combatir la pobreza, y permitir a la totalidad de los chilenos el acceso a los servicios de infraestructura pública que, junto con el desarrollo de otras políticas complementarias, hará de nuestro país una nación más justa, libre y soberana.

Por ello, estimamos que nuestro país requiere, como mínimo, para los próximos seis años, inversiones de US\$4.250 millones en caminos y carreteras, US\$2.000 millones en Vialidad Urbana, US\$455 millones en Puertos, US\$130 millones en Aeropuertos, US\$470 millones en Ferrocarriles, US\$520 en el Metro, US\$950 millones en Agua Potable, US\$1.480 millones en Tratamiento de Aguas Servidas, US\$195 millones en Control de Riesgos, Aguas Lluvias y Defensas Fluviales, US\$370 millones en Riego y US\$810 en Equipamiento Comunitario. En total US\$11.6300 millones que serán invertidos en nuestro país de los cuales una parte importante será desarrollada con capitales privados.

La nueva definición de los roles del sector público y el privado debe llevar una nueva cultura empresarial en nuestra región.

Es necesario que el quehacer empresarial se haga responsable de su papel de transformación del mundo en que vivimos. La actividad privada está inmersa en la comunidad a la que sirve y en la que se desarrolla; constituye por si misma una comunidad de personas; y sus resultados tienen la mayor significación para el país.

Se requiere, entonces, una manera renovada de mirar las cosas y de asumir las responsabilidades sociales que la nueva distribución de papeles trae consigo.

Finalmente, quiero expresar ante ustedes que la cultura chilena se enriqueció en el pasado con muchos que salieron de Alemania, y en particular de este puerto de Hamburgo a contribuir en un proceso de colonización en el Sur de Chile. Ahora, a finales del Siglo XX, tal vez sea posible iniciar un nuevo esfuerzo conjunto con vistas a cómo estas dos sociedades se potencian para aprovechar mejor lo que son los desafíos del próximo siglo. Aquel en donde probablemente las fronteras económicas tenderán a desaparecer y donde, según muchos, avanzaremos hacia un planeta que no será sino, una aldea global. Para trabajar en esa aldea global, Chile y Alemania tienen mucho que hacer.

Muchas gracias.

JUNIO/95